

mento pensaba que cuando llegara Mariluz iba a llevarla a aquella trattoria y al momento siguiente ya estaba dándole vueltas a cómo podría montar guardia cerca de la habitación de la rubia sin llamar la atención...

V

No le hizo falta ninguna estrategia. De regreso al hotel, nada más abrirse la puerta del ascensor en el piso decimoquinto, vio a la mujer parada justo enfrente, como si al oír que ascendía el lento mecanismo se hubiera puesto a esperar su llegada, igual que quien espera la llegada de un tren. Abengoa tuvo la impresión de que la mujer miraba no hacia él, sino hacia la ruidosa puerta plegable, y que en su cara había una expresión de angustia, que cambió instantáneamente cuando los ojos de los dos se encontraron.

Estaba inclinada, una rodilla más alta que la otra, tratando de ajustar en el pie izquierdo un zapato negro de tacón, que Abengoa encontró sumamente sofisticado, como los que llevaban las mujeres en las películas de antes. Modelado por la media oscura y traslúcida, el pie descalzo de la mujer tenía una forma exquisita. La mucama vieja (a estas alturas del relato Abengoa había pasado a llamarla «la vieja de los cojones») limpiaba en el otro extremo del pasillo el marco dorado de un espejo, lo

cual le permitía espiar sagazmente sin volver la cabeza.

—Se me torció el taco —dijo ella: tenía una voz porteña un poco ronca, pero espléndida, tan envolvente (me pregunto de dónde había sacado Abengoa ese adjetivo, que desde ese momento empezó a usar con cierta profusión), como el perfume de madreselva, que tan cerca de ella cobraba una intensidad de tentación—. Según caminaba casi me caí.

—¿Se ha hecho usted daño? —Abengoa imitaba al contarme la escena el tono inusualmente polite que había empleado con ella—. Si me lo permite, le ayudo.

● —Estaba por pedirselo.

Comprendió enseguida, me dijo, no sin jactancia, que la torcedura era un pretexto: la mujer rubia se incorporó apoyando todo su peso en él, y le apretó la muñeca, casi la palma de la mano, mientras se aseguraba de que podía caminar con firmeza. Echó a un lado la gran melena para sonreírle dándole las gracias. Estaba tan cerca de él que sin la menor dificultad, con sólo aproximarse un poco, habrían podido abrazarse.

«No me vas a creer, pero en el fondo yo soy un gran tímido»: Abengoa subrayó esa declaración melancólica, aunque improbable, con un movimiento pesadoso de cabeza. La mirada

de la mujer, los labios entreabiertos y rojos, la melena rubia, el olor a madreselva, le empujaban, según su expresión literal, *a tirar p' delante*: pero se acobardó, inesperadamente, se achantó, para usar de nuevo sus palabras, temía de pronto que aquella fuera demasiada mujer para él, se sentía tan amedrentado como un chico de quince años, qué vergüenza, qué golpe bajo para su self esteem, seguía lamentando cinco años después.

Se despidió de ella, le deseó buenas noches, se volvió cuando ya estaba llegando a la puerta de su habitación y enrojeció al ver que ella también se volvía con la llave en la mano, invitándolo una vez más sin palabras o burlándose de su indecisión. Volvió a decir buenas noches, inclinó tontamente la cabeza, con un envaramiento de español asustado por el extranjero, que se convirtió en mortificación cuando reparó en el sonido de la aspiradora y vio de soslayo que la criada impertinente lo miraba con sarcasmo o con lástima y le hacía una seña con la mano, como urgiéndole a que entrara en su habitación, a que no hiciera más el tonto.

Se tiró en la cama, irritado consigo mismo, cayó en la cuenta de que aún no había hablado por teléfono con su mujer, que estaría ya muy nerviosa por la proximidad del viaje, haciendo maletas, buscando el pasaporte y el bi-

llete, asegurándose de que no olvidaba el tranquilizante imprescindible para dormir en la larguísima travesía nocturna. Después de calcular no sin dificultad la hora que sería en España, llamó a Mariluz (cuando me hablaba de ella usaba siempre su nombre de pila, como si también yo la conociera). Su voz sonaba a la vez cercana y confusa, distorsionada por el estado de desastre de las líneas telefónicas argentinas. Estaba como loca, me dijo Abengoa, y al decirlo se le puso una ancha sonrisa no sé si de ternura o de indulgencia que sólo le rondaba por la cara cuando se refería a su mujer. Estaba tan ilusionada con el viaje y con el reencuentro de los dos que a él le hizo casi sentirse un canalla, «y eso que ya sabes que yo no soy un sentimental»: cualquiera que le estuviera escuchando habría dicho que Abengoa y yo llevábamos toda la vida conociéndonos, y como el tiempo de espera en los aeropuertos se vuelve tan raro enseñándole, yo ya no sabía desde cuándo estaba escuchándole, y se me confundían no sólo las horas, sino también los espacios, la terminal del aeropuerto de Pittsburgh y el hotel Town Hall de Buenos Aires, y el cansancio que me apretaba en las sienes y en la nuca por culpa de la larga espera, del rumor de la gente y de los acondicionadores de aire, me parecía el mismo que había agobiado aquella vez a Abengoa a causa del jet-lag.

Con vehemencia, con temerosa picardía, Mariluz puso un tono íntimo de voz para decirle que le echaba de menos en la cama tan grande, le preguntó cómo era la cama en la que él estaba ahora mismo acostado. A seis mil kilómetros de distancia, dijo Abengoa, la voz de su mujer le despertaba inopinadamente un discreto arousal. ♣

Unos golpes sonaron entonces en la puerta: separados entre sí, como sigilosos, y Abengoa al mismo tiempo se sintió adúlteramente incitado y tuvo miedo de que Mariluz pudiera oírlos y descubriera lo que significaban, aunque en la misma fracción de segundo comprendió, con una anticipación de desengaño, que quien llamaba a su puerta también podría ser un camarero, o la mucama vieja. «Pero yo sabía que era ella, Claudio, lo sabía al oír esos golpes igual que si hubiera olido el perfume de madre Selva, hasta me parecía que ya lo estaba oliendo a través de la puerta.»

No preguntó quién llamaba, tan sólo miró hacia la puerta apretando en la palma de su mano la parte del teléfono próxima a su boca, mientras que por el auricular seguía escuchando la voz de pronto cotidiana y un poco desacreditada de su mujer. Pero no tuvo que inventar un pretexto para colgar de inmediato. Mariluz, con su prudencia habitual, dijo que

una llamada desde tan lejos costaría mucho dinero, y más desde un hotel, que muy pronto se hablarían en persona. «Dime una cosa bonita, anda», le pidió al despedirse, y él, ya incorporado, impaciente por colgar y abrir la puerta, le dijo «pues que te quiero, chata», con distracción, hasta algo irritado en su desasosiego masculino.

Pero cuando abrió ya no había nadie: había tardado mucho en responder, pensó, mezcladamente resentido contra Mariluz, queriendo imaginar ahora, para aliviar la decepción, que quien había llamado podía ser un camarero, tal vez el obsequioso ascensorista, o la vieja impertinente y sucia de la aspiradora. En el corredor, a pesar de las arañas decrépitas y de los grandes espejos, tan sólo había un poco de luz mustia, que parecía tan usada y gastada como los dibujos de la alfombra o el tejido amarillento de los cortinajes. Se dio cuenta de que oía una música al mismo tiempo que reparó en la raya de luz oblicua que procedía de una puerta entornada, la misma que había visto abrir a la mujer de la melena teñida de rubio y los labios pintados de rojo.

—Lo vi claro, Claudio —dijo, cortando el aire con la mano derecha extendida como para indicarme una inflexible línea recta—. Esta vez sí que no iba a arrugarme.

En el espejo turbio de polvo que la muchacha había fingido limpiar un poco antes mientras le espiaba, Abengoa «se pasó revista», se dio un toque en la corbata, en la raya del pelo, sacó pecho y, por usar sus mismas palabras, se tiró de cabeza a la aventura. Conforme se acercaba a la puerta entornada la luz que procedía de ella se le antojaba más vívida, y la música se iba volviendo más precisa: inevitablemente, lo que Abengoa escuchaba o recordaba haber escuchado era un bolero, género musical con el que me confieso nada acquainted, pero del que no ignoro las connotaciones, las culturales y sexuales, gracias a los valiosos estudios de Iris M. Zavala. • *ref. cur.*

—En todos los días de mi vida no se me olvidará aquel bolero, Claudio, se me eriza el vello al acordarme —de nuevo hizo ademán de remangarse para constatar el celebrado efecto físico de su emoción—. *Caminemos*. ¿Tú no lo conoces?

Iba a decirle que desdichadamente mis conocimientos de la música popular latinoamericana no llegan más allá de los cantos reivindicativos de Quilapayún, Inti Ilimani *et alii*, que escuchaba con frecuencia, aunque sin mucha atención, en los años ya tan lejanos de mi vida universitaria en Madrid. Pero una vez enunciado el score musical de su relato, Abengoa se

adentraba en los preparativos del clímax sin detenerse a observar el efecto de sus astucias narrativas (¿es inocente o casual el hecho, ya señalado por Lacan, de que la misma palabra aluda a la culminación del juego sexual y el juego textual, a la encrucijada de texto y sexo en la que ambos se subvierten, ya convertidos en text y sex, para usar el pun revelador formulado casi en su lecho de muerte por el eximio Paul de Man?).

Empujó la puerta, la fue cerrando sin volverse, se recostó contra ella mirando a la mujer que estaba al otro lado de la cama inmensa y decrepita de aquella habitación que resultó ser la suite nupcial, también ella recostada, echada perezosamente contra el alféizar de la ventana, desde la cual Abengoa vio luego, sin prestar mucha atención, un paisaje apocalíptico de rascacielos con todas las luces apagadas, iluminados durante fracciones de segundo por los relámpagos de una tormenta que se abatió poco después sobre la ciudad con una lluvia furiosa de trópico. Al fondo de la habitación el disco de boteros giraba en uno de esos tocadiscos antiguos que estaban como empotrados en un mueble, me explicó Abengoa, siempre atento al detalle circunstancial.

«Tardabas tanto»: eso fue lo que le dijo la mujer, y por el modo en que Abengoa repi-

tió sus palabras daba la impresión de que eran más bien el título de uno de aquellos boleros. No hablaron nada más, fueron el uno hacia el otro como deslizándose sin sonido de pasos sobre la moqueta tiñosa, y al abrazarse ella apretó contra él sus caderas hasta hincarle casi dolorosamente los huesos anchos de la pelvis, moviéndose onduladamente, rozándole sin incertidumbres de preámbulo, sin el menor residuo de pudor. Aquí debo repetir, no sin embarrassment, las palabras textuales de Abengoa: «Resregándosese toda».

Es obvio que no me ahorró a continuación ningún detalle sobre su performance, que aun pareciéndole a él inusitados y hasta triunfales seguían muy estrechamente las secuencias narrativas de esas adult movies que ahora están empezando a estudiarse incluso en algunos circunspectos departamentos de español como muestras de la retórica del exceso que subyace al discurso pornográfico. Igual que en ellas, Abengoa se extendió imperturbablemente en pormenores sobre la insaciabilidad de la mujer y lo inagotable de su propia potencia, relatando con particular detalle, aunque sin poner énfasis en la excepcionalidad de sus atributos viriles, ciertas prácticas sexuales no vinculadas a la genitalidad reproductiva, sino a variantes de analidad y oralidad cuya significación transgre-

sora no ofrece ninguna duda desde los estudios pioneros y esclarecedores de Michel Foucault, estudios que todos citamos tantas veces en nuestros papers, aunque yo confieso, para mi vergüenza (y si se supiera, también para mi ruina), que jamás he terminado de leer ninguno de ellos, y que cuanto más empeño pongo en descifrarlos menos los entiendo, lo cual sin duda es una prueba de mis tristes limitaciones intelectuales.

Llegando al clímax de su relato, Abengoa se olvidaba de todo, hasta de que dicho relato presuponia un destinatario, es decir, yo. Cuando me dijo que él y la mujer escucharon truenos y golpes de lluvia y vieron fognazos de relámpagos durante toda la noche, y que se quedaron dormidos después del amanecer, Abengoa tenía en la cara una sonrisa casi obscena de satisfacción, que me hizo pensar en la discutida, aun- que tentadora tesis de Andrea Billington sobre una posible textual ejaculation.

—Por la mañana nos dimos cuenta de que ni siquiera nos habíamos dicho nuestros nombres —dijo Abengoa con orgullo, con vanagloria íntima—. Se llama Carlota. Se llama Carlota Fainberg y no voy a verla nunca más en mi vida.

en v. n. x v calle) te trabajo

En cualquier parte, me dijo, en cualquier ciudad, veía a mujeres que se parecían confusa o exactamente a Carlota Fainberg, que durante segundos, o décimas, eran ella, la pro-mesa súbita de un reencuentro imposible con ella. La veía de espaldas, la melena rubia sobre los hombros, caminando con sensualidad enérgica sobre sus tacones tan altos, muy por delante de él, en el corredor de algún aeropuerto, algunas veces dirigiéndose hacia una puerta de embarque que no era la suya y hacia la que Abengoa tenía la poderosa tentación de seguirla, aun sabiendo que podía perder su avión, aun sabiendo que aquella mujer no podía ser Carlota Fainberg. Apresuraba el paso para verla más de cerca, para llegar a su altura y descubrir el enigma de la cara tapada por el pelo, con el corazón latándole muy fuerte en el pecho, casi oliendo en el aire aséptico y cerrado de las terminales aquel olor nunca olvidado a madreseiva y aquella voz porteña, rota y carnal, que le había dicho, «Tardabas tanto».

Sabía que en realidad era imposible, que no podía darse el azar de que se cruzara con ella en el aeropuerto de Francfort o en el de Jakarta o en el lobby del hotel Hyatt de Shanghai, por mencionar tres sitios en los que había creído o deseado verla. Con un tenso rencor, con rabia abatida, incluso con cierta compasión de sí misma, ella le había dicho «Yo nunca salgo de aquí, nunca voy a ninguna parte».

A lo largo de los cinco años que llevaba sin verla y sin poder olvidarla la imaginaba muchas veces encerrada en el piso quince del hotel Town Hall como en una de esas torres medievales o góticas de las películas de donde los caballeros rescataban a unas damas cautivas. La ciudad, Buenos Aires, desertada y cayéndose en pedazos, azotada en las noches sin luz por tormentas tropicales que arrojaban sus tremendas descargas eléctricas sobre los pararrayos de rascacielos deshabitados, había ido haciéndose más borrosa en su recuerdo y sin embargo se le aparecía con una extraña exactitud en algunos sueños, convertida en un telón de fondo, en el paisaje que había visto desde la ventana del piso decimoquinto el día entero y las dos noches que pasó encerrado en la habitación de Carlota Fainberg, la suite nupcial barroca y decrepita en la que de algún modo él, Abengoa, se había desposado con ella, se le había entregado con una

desvergüenza y un abandono de sí mismo quizás superiores, pensaba a veces con algo de remordimiento, a las que ella le mostraba: siempre, en el fondo, desde que la vio por primera vez hasta aquel momento final en que apareció en la puerta de la habitación donde él estaba con Mariluz («Qué apuro, Claudio, el peor momento de mi vida»), Carlota Fainberg le había amedrentado, como las mujeres ya adultas que le gustaban tanto cuando aún era un muchacho, y como las que a mí me amedrentan todavía, dicho sea de paso. En cada uno de los instantes de excitación y de gozo que había conocido con ella había existido el agobio y el miedo de no estar a la altura de sus devoradoras exigencias, de su voluptuosa tiranía. Era, siguió pensando siempre Abengoa, aunque jamás lo habría confesado, demasiada mujer para él, para su romo, aunque sólido formato español, demasiado alta, demasiado grande, demasiado ancha de caderas y muslos, demasiado rubia, demasiado portefaña, con sus expresiones políglotas y sus pulseras y collares que no se quitaba nunca y que emitían un ruido metálico como de campanas chinas cuando el gran cuerpo de ella recibía los golpes enconados y rítmicos de su embestida masculina, de su hombría española y adúltera de cuarentón en celo perpetuo.

Le habían gustado tantas mujeres, todas las mujeres, pero ahora, aunque las siguiera mi-

rando y descansando, en realidad ninguna llegaba a gustarle, ni de lejos, tanto como ella, de modo que aquel adulterio había tenido la ventaja para su matrimonio de haberle vuelto mucho más casto, y desde luego más fiel. Ninguna mujer que no fuera Carlota Fainberg o que no se le pareciera mucho llegaba a tentarle de verdad. Ya apenas tenía esperanza de encontrarse con ella alguna vez, pero la seguía buscando en el deseo que le inspiraban cierto tipo de mujeres, y nada más que ellas: rubias, aunque teñidas, de una edad en torno a los cuarenta años, a los cuarenta y tantos, nada de jovencitas, des-cartaba con un aire de experto, de entendido que rechaza los placeres obvios para otros, nada de gigantes de la alta costura con las piernas largas y flacas y las tetas y los labios hinchados de silicona: mujeres ya hechas, decía, cuajadas, maduras en el sentido que tiene la palabra cuando se aplica a la fruta, blancas de carnes, con esa blancura de las mujeres a las que no les sienta bien el sol, con un punto de carnosidad sin abandono, que dé a las manos y a la boca del amante un gozo de abundancia; mujeres firmes, ya trabajadas por la vida, conscientes de las ventajas que la cosmética y la moda otorgan a la belleza, diestras en las sofisticaciones deliciosas del lápiz de labios, de la lencería, del esmalte de uñas, del calzado, conscientes del valor del

tiempo que aún les queda para seguir gozando de la plenitud física de la vida...

Buscar ese modelo de mujer que era una anticipación y un recuerdo de Carlota Fainberg se había convertido en un hábito de su mirada desde el instante mismo en que llegaba a un aeropuerto, se bajaba del taxi guardando meticulosamente el recibo de cara a su cuenta de gastos, avanzaba a paso de carga hacia las puertas de cristales que se abrían ante él dejándole respirar el aire artificial de las terminales, que no se parece en nada al de la vida real, porque es un aire siempre mucho más frío o más caliente, como esterilizado o filtrado, un aire que da enseguida mareo, que une su efecto con el de la iluminación blanca y el brillo de las superficies de plástico para hacerle perder a uno el sentido de la realidad, para deshacerle su anclaje cotidiano en el espacio y en el tiempo. Está luego el zumbido que se percibe aunque no se escucha, el de los ventiladores, el de los acondicionadores, la vibración de las escaleras mecánicas o de los paneles deslizantes, las voces de los avisos, las de los televisores que cuelgan ahora sobre los asientos forrados de tejido sintético de todas las salas de espera de los aeropuertos de América: moquetas, linóleos, paredes y suelos de plástico, siempre brillantes, tan bruñidos como esas frutas opulentas y falsas que

venden en los supermercados, llamadas urgentes a pasajeros atrasados, trepidaciones de motores de aviones que despegan o aterrizan, y sobre todo tantas caras, tantos desconocidos, todos singulares y de algún modo idénticos, cada uno con la particularidad exasperante de su vida y sus circunstancias y su cara y su manera de andar y todos prácticamente iguales en la uniformidad del vestuario, la horrenda ropa deportiva, las camisetas que ciñen protuberancias pectorales monstruosas y los pantalones de chándal que tiemblan bajo la presión de culos anchos como mesas, las gorras de visera con un broche de plástico en la nuca, las caras gordas, las caras hinchadas, con una mezcla de infantilismo rosado y de torpe decrepitud, o de decrepitud rosada e infantilismo torpe, porque hay niños de carnes infladas que arrastran los pies como viejos y ancianas que se visten de rosa y naranja y se embadurnan la cara de polvos rosados y se tiñen el pelo de color platino. En esos aeropuertos, que se van volviendo más irreales y espectrales según pasan las horas y se acentúa el cansancio, uno se encuentra perdido en un mundo que parece ignorar el término medio, donde el aire acondicionado sopla como viento polar y la calefacción alcanza temperaturas de horno, donde se cruzan atletas bronceados y mujeres con piernas nervudas de ciclista con

gordos y gordas que se han empantanado más allá de los límites de la gordura humana, donde a un paso de una tienda de pañuelos de seda exclusivos o de la ropa o las joyas más caras de la Tierra crepita una fritanga de grasas inmunizadas en un puesto a todo color de perritos calientes o de hamburguesas en el que también los empleados llevan uniformes a todo color y etiquetas en las solapas con sus nombres de pila, o peor aún, con sus diminutivos, porque los americanos creen como en un artículo de fe en la simpatía inmediata, en el toque personal de llamar Mandy o Phil a un expendedor de comida rápida que gana literalmente una mierda después de pasarse trabajando diez o doce horas y que además se ve en la obligación humillante de llevar una camisa de colores o de rayas y una gorra ridícula, tal vez decorada con monigotes de dibujos animados.

Y allí, entre aquella gente, en medio de aquellas voces agudas y nasales que se repiten amplificadas en los avisos de la megafonía, bajo aquellas luces que parecían irradiar de la misma blancura de las paredes y de la neutralidad estéril del aire, Marcelo Abengoa estaba sentado como en una mesa de la acera en un café español, como lo habría estado mi padre hace tantos años, perfectamente calzado y vestido, sin la menor concesión a la comodidad desga-

nada de la ropa deportiva, sin fingir una edad más joven que la suya ni un origen más cosmopolita, con su jersey de lana verdadera y sus pantalones de algodón, con sus zapatos negros y sus calcetines de hilo, con su opulencia sólida de buena alimentación y demoradas sobremesas, imperturbable, inmodificable a pesar de los viajes transcontinentales y de la trepidación políglota de los negocios, tan indiferente al jetlag como a las coacciones sutiles que impone en todo la vida norteamericana, y a las que yo suelo tan medrosamente acomodarme, con el mismo miedo al qué dirán que si viviera en una provincia española de los años cuarenta. Miraba en torno suyo con los brazos cruzados, con aprobadora ironía, con gestos instantáneos de cálculo en los que valoraba el precio del traje o del reloj de alguien que pasaba cerca de nosotros con la misma pericia con que estudiaba las piernas o el talle de una mujer o vislumbraba durante unas décimas de segundo el interior de un escote.

Pensé, no sin alarma, que también a mí me habría juzgado en el primer vistazo, habría calibrado la cuantía de mi cuenta corriente y de mis ingresos personales, mi relevancia social, y yo, que al principio, unas horas antes, si esas palabras sirven para orientarse en el tiempo enrarecido de la espera en el aeropuerto, le

había mirado por encima, con notoria condescendencia, ahora estaba empezando, inconfesablemente, a sentirme intimidado por él, a notar en mí mismo el apocamiento ante la autoridad o la energía de otros, que ha sido una de las sensaciones más constantes de mi vida: lo mismo sentía en el instituto hacia algunos profesores, y en el ejército hacia cabos y suboficiales, y en mi familia hacia mi tío Guillermo, y en la autoescuela hacia el monitor que me enseñaba a conducir, y en mi trabajo, en Humbert College, hacia Morini, que al igual que todos los demás en esta larga serie que aquí sólo he esbozado, parece saber acerca de todo mucho más que yo, y tener más astucia y reflejos, y más dotes de mando, y más facilidad para los idiomas.

Me había acostumbrado a aquel gesto suyo de entornar los ojos y quedarse un poco ausente aunque no dejara de hablar: ahora imaginaba que no estaría sólo recordando a Carlota Fainberg, sino también viéndola, porque hasta sus arrebatos de romanticismo debían de tener una sustancia práctica, un fondo tangible, sin la menor neblina de desmemoria o de melancolía. «Comó si hubiera un tesoro esperándome y fuera mío aunque yo no vuelva nunca para recogerlo», me había dicho, aunque no sé si con estas palabras literales: no un tesoro conjetural o soñado, sino algo que habían visto sus

ojos y disfrutado sus manos, una mujer que no se parecía a ninguna de las que había conocido hasta entonces y a la que no podría parecerse ninguna de las que encontrara después, aunque perteneciesen con más o menos vaguedad a ese modelo tan querido, el que de vez en cuando lo inquietaba en los aeropuertos y en las terrazas de los cafés o en las tiendas de lujo de las ciudades extranjeras. Incluso allí mismo, en aquel erial para los aficionados a la belleza femenina, el aeropuerto de Pittsburgh, un rato antes de encontrarse conmigo, me dijo que había visto a una posible Carlota Fainberg, y que la había estado siguiendo durante unos minutos, hasta que la perdió de golpe, no porque desapareciera, sino porque al ver la cara que había estado ocultando la hermosa y teñida melena rubia le ocurrió lo que tantas otras veces, que se extinguió el hechizo, y el espejismo de Carlota Fainberg se convirtió en una mujer vulgar, dejándolo defraudado, pero no sumido en el desaliento, en parte porque él, Abengoa, tendía a no desalentarse nunca, en parte también porque la visión pasajera de la mujer rubia le había reavivado la memoria de su amor bonaerense, de las dos noches y el día entero de sigilosa penumbra que había pasado en la suite nupcial del hotel Town Hall.

VII

de dónde
p, en qué
el. Eso le
lpa de la
o idénti-
donde se
os diver-
rpor no
ara des-
to, abrió
habita-
t siquie-
de reco-

nocimiento, no ya del lugar donde estaba, sino de quién era él mismo, de a qué hora se correspondía la tenue luz nublada que entraba por unos grandes cortinajes entreabiertos que él no recordaba haber visto nunca antes, rosa pálido o color salmón, con un estilo más bien apastelado y deplorable que le hizo pensar en un hotel para recién casados junto a las cataratas del Niágara. ¿No estaría, conjeturó sobresaltadamente, en las cataratas del Niágara?